

# LA AVICULTURA PRÁCTICA

Boletín mensual ilustrado. — Director-propietario: D. SALVADOR CASTELLÓ Y CARRERAS

Revista premiada con Diploma de Honor y Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Avicultura de Bruselas (1897) y de Oro en la Internacional de Madrid (1902)

Órgano de la Real Escuela oficial de Avicultura y de la "Sociedad Nacional de Avicultores Españoles"

España, al año, 8 pesetas ★

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

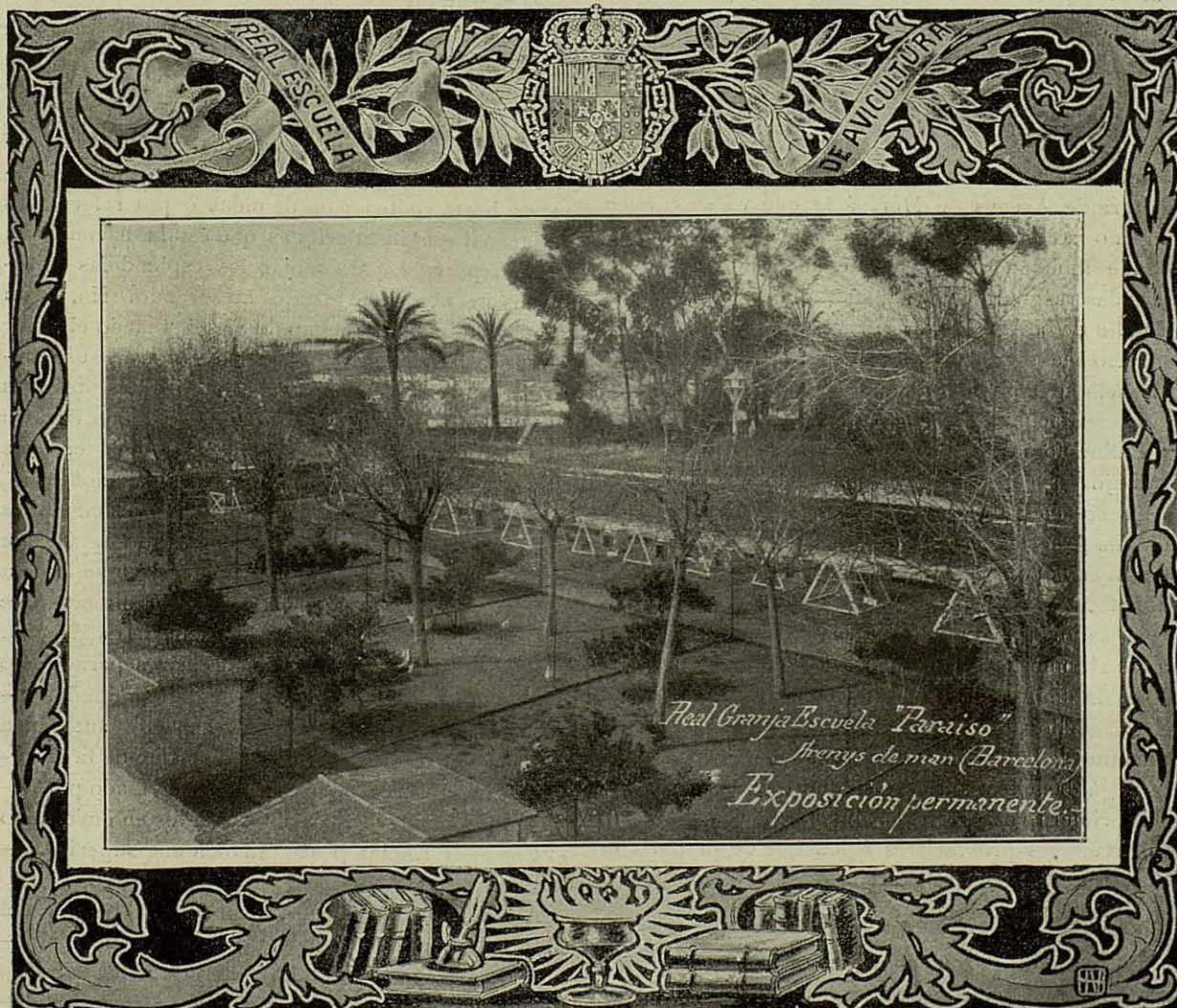
REAL GRANJA PARAÍSO, ARENYS DE MAR (BARCELONA)

★ Extranjero, 10 pesetas

Año XIII

Abril de 1908

Núm. 141

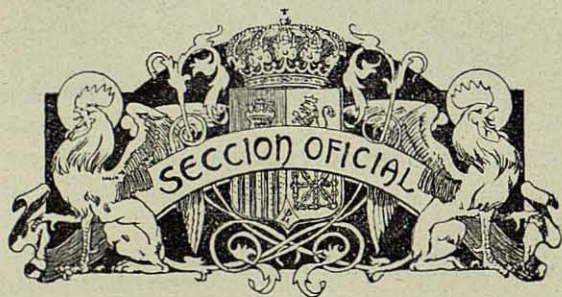


DE LA COLECCIÓN DE TARJETAS POSTALES DE LA REAL ESCUELA DE AVICULTURA DE ARENYS DE MAR



## SUMARIO

SECCIÓN OFICIAL: Real Escuela Oficial de Avicultura. — SECCIÓN DOCTRINAL: Los gallineros del Conde de Encinas. — Industrias derivadas de la Avicultura, por Salvador Castelló. — AMENIDADES: El desafío de los pájaros, por Francisco Ríos de Páez. — Memorias de un palomero (continuación), por Salvador Castelló.



## Real Escuela Oficial de Avicultura

## Apertura del curso de 1908

Con las formalidades de los años anteriores, el día 1.º del corriente tuvo lugar la apertura del curso cuyo acto presidió el Ilmo. Sr. Juez de 1.ª Instancia del distrito de Arenys de Mar, D. Julio Fournier.

El Director D. Salvador Castelló dió la bienvenida á los alumnos, hizo resaltar la importancia que de día en día va tomando la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar, á la que ya se conoce hoy no sólo en toda Europa sino en América, de donde anualmente le van llegando alumnos, y á grandes rasgos señaló el plan á que se sometería el estudio de la Avicultura.

Puso luego de manifiesto los progresos que en la Escuela se han realizado desde el año pasado é hizo la presentación del nuevo profesor de Bacteriología y Embriología Dr. Cosp, que debe llevar á cabo los trabajos especiales en aquellas materias, y después de recomendar á los alumnos la mayor aplicación dió las gracias á la Presidencia y á las autoridades de Arenys por el concurso que anualmente prestan al acto.

El señor Juez del distrito dirigió sentidas frases á los alumnos á los que analteció la labor que en la Escuela de Avicultura se lleva á cabo, y felicitó al Sr. Castelló por sus laudables esfuerzos en pro del fomento de la Avicultura en España.

Seguidamente éste declaró abierto el curso al que por primera vez concurren alumnos pensionados por Diputaciones provinciales á los que de su parte la Escuela da enseñanza gratuita.

Estos son los siguientes:

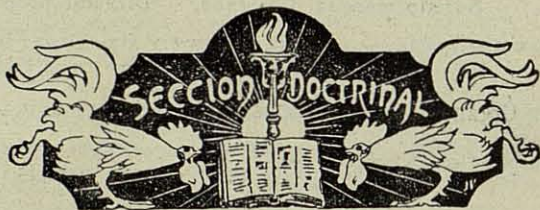
## Alumnos oficiales

D. Casimiro Hervas Carriano . . . Ciudad Real.  
 ▶ Jaime Ferrer y Pons . . . Palma de Mallorca.  
 (Ambos pensionados por las Diputaciones provinciales)

D. Adolfo Benavides. . . . . Buenos Aires.  
 ▶ Luis Sánchez Santos . . . . . Sevilla.  
 ▶ Antonio Ávila Fernández . . . . . Orense.  
 ▶ Aniano Cardillo García. . . . . Burgos.  
 ▶ Jaime Jubany Bonet. . . . . Arenys de Mar.  
 ▶ Conrado Puig y Bosch . . . . . » »  
 ▶ Luis Saladrigas Mitjans . . . . . Barcelona.  
 ▶ José Romero Lorenzo . . . . . Alcaraz.  
 ▶ Gabriel Maestre Lloret. . . . . Cádiz.  
 ▶ Pedro Martínez Navarro . . . . . Badajoz.

## Alumnos agregados oyentes

D.ª Felicidad de Romero . . . . . Alcaraz.  
 D. Jaime Saladrigas . . . . . Barcelona.



## Los gallineros del Conde de Encinas

Una feliz oportunidad nos llevó á conocer la quinta «El Chaparral», que el señor Conde de Encinas posee en las cercanías de Burgos en plena Castilla la Vieja.

De algún tiempo á esta parte sabíamos que don Vicente de Soto y de Armesto, Conde de Encinas, demostraba tener singular predilección por la Avicultura y hasta conocíamos de oídas ó por referencias las grandiosas instalaciones que estaba haciendo en «El Chaparral» para alojar las espléndidas colecciones de aves que estaba atesorando. Hasta sin contar lo que directamente había importado el señor Conde de Encinas, sabíamos cuáles eran sus entusiasmos y disposiciones por los pedidos de aves criadas en el país y exóticas que á la Granja Paraíso tenía formulados, pero en verdad, nunca creímos que alcanzaran tal importancia sus instalaciones.

Más de cien mil pesetas importan seguramente los corrales, faisaneras y dependencias de la Granja construídos por el Conde de Encinas, en su bonita quinta, y en cuanto á colecciones, dificultamos que otra alguna pueda actualmente igualarla en España.

Cerca de los gallineros y faisaneras, y separado sólo de ellos por el edificio en que habita su dueño, antigua casa solariega de bonito aspecto, ante cuya fachada se extiende el espacioso parque de la Granja, aparece un verdadero poblado destinado por entero á los Canes de razas finas y útiles en cuyo ramo el Conde de Encina posee también una superior colección.

Allá vimos, en efecto, espléndidos perros del Monte de San Bernardo, de Terranova y de Montaña de extraordinaria talla y hermosas lanas; Dogos de hermosa presencia y correctas líneas; Pointers, Seters, Perdigueros, Galgos, Bassets y otras



razas de perros de caza á cual más bella; Fox-Terrriers espléndidos, Grifones, Caniches y otras varias castas, muchas de ellas ya reproducidas en aquel espléndido *Chenil* único seguramente en España y seguramente de los mejores de Europa.

En los gallineros, faisanas y palomar, de cuya importancia así como de la de las perrerías, darán mejor idea que toda descripción las adjuntas vistas que sobre el terreno sacamos para darlos á conocer á nuestros lectores, vimos hermosos Dorkings, Langshans, Malayos, Cochinchinas, Brahmas, Orpingtons y Wiandottes de gran tamaño y correctas formas; bonitas Castellanas, Plimouths, Faverolles, La Fleches, Crevecœurs, Prats, Paduas, Cuellos desnudos de Transylvania, Leghorns y otras razas entre las que decollaban dos preciosísimos lotes de Pelea enana de extraordinaria belleza y gran valor.

Si notable es la colección de gallinas, no le va en zaga la de faisanas para los cuales el Conde de Encinas ha hecho un derroche de lujo y buen gusto, construyéndoles verdaderos palacios mejor que simples viviendas adecuadas á su naturaleza y necesidades.

Allá vimos Faisanas dorados y plateados, Versicolors, de Collar, Elliots, Mongolias, Venerados, Lady-Anherst y más de treinta parejas de faisanas de bosque cuyos productos destina el aristócrata avicultor á la repoblación de sus vedados.

No faltan tampoco en «El Chaparral» algunas aves acuáticas y buen número de palomas mensajeras y de fantasía, así como un espléndido conejar, además de otros muchos anexos y dependencias actualmente en construcción y necesarias cerca de instalaciones semejantes.

Para la administración y la dirección de cuanto afecta á la Avicultura, el señor Conde de Encinas tiene á sus órdenes el aventajado alumno de la Real Escuela de Avicultores de Arenys de Mar, D. Juan Bonfill, que sabrá dar seguramente á la nueva Granja del Chaparral ó «Villa Diana», como en adelante deberá llamársela, todo el impulso que le merece, y que es de desear al señor Conde de Encinas después de los cuantiosos gastos que lleva realizados y de las grandes aficiones y del interés que viene demostrando para el fomento de la Avicultura en nuestro país.

Siempre adictos á quienes nos secundan con sus trabajos, y sobre todo con su noble ejemplo, hoy dedicamos gustosos nuestras columnas á dar á conocer el notable establecimiento que allá, muy cerca de Burgos y en un verdadero oasis entre las llanuras de Castilla posee el noble Sr. de Soto de y Armesto.

Cuando el viajero que pase por la estación de Villodrigo se vea sorprendido por aquellas vistosas construcciones que á poca distancia de la vía férrea se elevan entre el follaje del bonito parque que las circunda, bueno es que sepa que aquella es la deliciosa mansión del Conde de Encinas que, á pesar de su cuantiosa fortuna, y de los atractivos que para

un espíritu y una naturaleza joven como la suya pueden tener los goces de la ciudad, allá pasa casi todo el año dedicando la mayor parte de su tiempo al cuidado de la finca y de las aves.

Ello es el mejor elogio que del nuevo avicultor podemos hacer. Dígnese aceptarlo el señor Conde de Encinas con el afectuoso saludo que desde estas columnas le dirigimos esperando que en breve su nombre sea conocido de cuantos en muchos países se ocupan de esas cosas que tantos desprecian y que nosotros tenemos por tan serias y tan útiles.

## Industrias derivadas de la Avicultura

### El producto de la pluma

¡Cuánta pluma se pierde por falta de cuidado entre los llamados á recogerla!...

En los grandes centros avícolas, donde se despluman diariamente miles y miles de aves, los productos de la pluma aumentan considerablemente los rendimientos que su crianza deja.

Hasta en las casas particulares donde se despluman sólo algunas piezas semanales, vale la pena de no despreciar tan útil producto, siquiera para utilizarlo en los usos domésticos.

En España, el comercio de plumas de gallina es casi desconocido. Por lo general, los que venden aves al detalle revenden la pluma á los vendedores al por mayor, quienes luego la limpian, la preparan y nos la vuelven á vender á elevado precio. Dígalo si no «La exportazione nuova», la famosa sociedad italiana que inunda de aves nuestros mercados, la cual suele volver á Italia sus vagones particulares llenos de pluma adquirida á bajo precio en nuestras plazas.

Hay quien desprecia en tal modo la pluma, que ni aun para mientes en ella y la recoge mezclada con la gallinaza que luego amontona en el estercolero.

Con la pluma de las aves de corral, se confeccionan almohadas y plumones, y lo que nosotros desperdiciamos en el gallinero, luego nuestras esposas tienen que comprarlo á buen precio para proporcionarnos comodidades que los mismos productos de nuestros corrales nos hubieran procurado.

El precio de la pluma varía según las épocas del año, pues según el mes ó la estación en que se han desprendido del ave, se conserva más ó menos ó se prepara con mayores ó menores ventajas.

Recordemos que las plumas se dividen en largas y cortas, y entre estas últimas tenemos que distinguir las que forman el plumón (pecho, vientre y muslos). Estas últimas son las que más se pagan, pero también tienen regular precio las de grueso cañón.

En Inglaterra, los granjeros saben aprovechar el producto de las plumas de sus aves, que aun en las malas épocas (septiembre y octubre) en que el cañón es más débil y quebradizo, llegan á pagarse á 2 <sup>1</sup>/<sub>4</sub> peniques la libra.



Por lo general, el precio corriente es de 3 á 4 peniques por libra por plumas del cuerpo que forman el plumón y 2 peniques por las de cañón grueso.

Estos precios suelen regir para las plumas de todos colores; las negras valen menos, las de color único más y las blancas el doble.

De ahí que los criadores ingleses del condado de Sussex, que es el que produce mejor pollería, prefieran á todo otro el color blanco, el cual tiene la ventaja de que las aves que lo ostentan se despluman mejor y apenas dejan vellón ó pelusilla, que luego es muy difícil de sacarles.

Las casas compradoras de plumas las exigen bien secas, esto es, despojadas de toda partícula grasa, rehusando las frescas.

La elaboración ó preparación de las plumas es sumamente interesante.

Los industriales que á ello se dedican, lavan primero las plumas por medio de una solución química que les hace perder la poca grasa que aun les queda; luego las ventean por medio de centrifugas de metal perforadas, que giran á gran velocidad, y finalmente acaban de secalas á vapor.

Una vez secas, las plumas vuelven á las centrifugas, donde se las despoja del polvo que les queda adherido y donde se rizan por sí mismas, y finalmente pasan por unos departamentos especiales en los que, sometidas á una fuerte corriente de aire, se separan unas de otras según su peso ó tamaño, practicándose así su selección rápida y mecánica.

Cuando todas estas labores tienen que practicarse en pequeña escala ó sea *en casa*, hay que apelar á otros medios cuyo conocimiento interesa más á nuestras lectoras que á nuestros lectores.

Cuando se desplume un ave, las plumas se recogerán cuidadosamente en un saco, teniendo la precaución de separar áquellas cuyo cañón, excesivamente grueso, imposibilite luego el que se las pueda destinar á determinados usos. Si se trata de aves de valor ó vistoso plumaje, las plumas grandes ó largas pueden también tener su aplicación, y hasta alcanzar mejor precio que las pequeñas ó del plumón; pero como lo más frecuente es desplumar aves de clase común ú ordinaria, nos fijaremos sólo en las plumas cortas ó del plumón.

Una vez recogidas y cuando se tiene almacenada regular cantidad, se prepara en una cuba ó recipiente grande una solución formada por 4 litros y medio de agua y 700 gramos de cal viva, la cual estará ya bien apagada, y entonces se vierte dicha solución sobre las plumas y se va agitando la masa continuamente dejándola luego descansar para que salgan á la superficie todas las impurezas. Luego, cuando ya se ve que no han de salir más, se retiran éstas, se vierte el líquido y las plumas ya lavadas por tal procedimiento y se ponen á escurrir en unos coladores ó sobre unas redes de cordel sujetas á un cuadro de madera.

Cuando ya están bien escurridas, se las hace pasar varias veces por una corriente de agua, la pri-

mera bien caliente, y luego se vuelven á poner en el madero para que se escurran bien.

Cuando se ve que van ya estando secas, se golpean las redes por abajo para que todas las plumas ya bien secas se separen y puedan ser recogidas en el suelo, que se procurará esté bien limpio y seco.

La operación queda con ello terminada, salvo el caso de que se quieran luego esterilizar ó asegurar la muerte de todo mal germen por medio del calor ó de una fuerte presión; pero ello no es del todo necesario y basta con que se haya procedido á su limpieza; pero debe recordarse que su conservación será tanto más permanente, cuanto mejor se las haya lavado y mejor se hayan secado después de su paso por el baño de agua de cal.

Véase, pues, cuán sencillo resulta preparar las plumas para usos domésticos ó para la venta.

Si tal supieran muchos de nuestros granjeros, mejor que con la cabeza descansada sobre una mala almohada de lana, heno, cáñamo ó pajas, dormirían sobre otra mullida y blanda repleta de *plumón*, producto de su propio corral. SALVADOR CASTELLÓ



### El desafío de los pájaros

¿No creéis que los pájaros hablan, amiguitos míos? ¿no?

Os equivocáis; hablan como vosotros, como yo, como cualquiera persona; sólo que su lenguaje no se traduce por palabra, sino por gritos, por movimientos, por cantos que sólo ellos entienden.

Escuchad lo que hicieron y dijeron un día:

Al amanecer, un canto desconocido, dulcísimo, armonioso, hendió los aires y resonó en el bosque.

—Oid— dijo el papagayo con su voz ronca, — un moscardón desconocido ha invadido nuestros dominios.

—Calla, envidioso— contestóle la alondra; — mejor dirías un canto del Cielo, que nos llega como un saludo de Dios.

—¡Cómo se conoce, alondra, que eres siempre la misma, fatua y orgullosa!

La alondra quiso responder; pero la lechuza, con su cara redonda y sus ojos de vieja bruja, interrumpióla:

—Mira, papagayo, no alternes con ésta, que sólo vive para enredar bobos con sus trinos. Ya verás



cómo luego lanza al aire su fastidioso canto, para corresponder al necio que cree que aquí somos todos unos papamoscas.

— Oye, papagayo; escúchame, lechuza; no seáis malos — contestó suavemente la alondra; — dejad al desconocido que cante sus penas, quizá; no os preocupéis de mí, que sólo busco un rincón, el más apartado del bosque, para llorar, para cantar, para reír, para, al romper el alba, alabar al Dios inmenso que creó, para nosotros, el bosque con sus hermosos árboles, que nos brindan su abrigo; el sol, con su calor, que nos da vida; el aire, con sus brisas, que nos ofrece el espacio infinito para extender nuestras alas, buscando el alimento, huyendo de cruel cazador ó solazándonos á través de ese mundo que nos ofrece tantos encantos.

— Alondra, eres parlanchina y oradora — dijo el papagayo en tono zumbón; — pero no has de lograr que me calle; sabe que no te envidio ni á ti ni al intruso que me está fastidiando desde esta mañana con sus gritos...

— ¡ Oh! no, papagayo, no digas eso — interrumpió suavemente la paloma; — esos trinos hermosísimos no son gritos, son modulaciones celestiales, son cantos divinos, que han arrancado llanto á mi corazón; habréis oído que cada vez que ese canto se ha extinguido, mi lamento se ha hecho oír.

— ¿ Y cuándo, ave tonta é ingenua, no lloras? — díjole la lechuza.

— ¡ Eh! haya paz — gritó una voz dulce; — confesad que sois envidiosos, papagayo y lechuza; el uno no tiene más que un grito ronco y desagradable, y el otro un canto lúgubre que sólo se anima á lanzarlo de noche, produciendo el terror en el mundo, y, sin embargo, se atreven á apostrofar á un extranjero, que, haciéndonos un honor, llega á nuestros dominios y nos saluda con el más hermoso arpegio que jamás se haya oído aquí. Y para convenceros, bastará que os aproximéis al árbol en que se hospeda el huésped, y veréis al ruiseñor, al jilguero, al mirlo y á todos los compañeros que nos recrean con sus lindos cantos, embelesados, entusiasmados, al extremo que cada vez que el extranjero concluye, le responden con un coro de aplausos.

La lechuza, que en actitud hostil se había acercado al zorzal, le dijo:

— Zorzal, me acabas de hacer una grave ofensa, que me la pagarías inmediatamente si no fuera que reservo mi venganza para más adelante, cuando pueda ser completa, única y ejemplar. Desafío á ese *mequetrefe* que canta: yo con mi *canto lúgubre*, como tú dices, él con su voz suave, como tontamente tú y tus iguales la calificáis; desafiéle, como digo, á cuál de los dos tiene más influencia en el mundo.

— Y yo — dijo el papagayo, — desprecio con toda mi alma tus necedades, tengo algo más positivo que su canto; poseo mi ropaje espléndido, donde brilla la esmeralda, el topacio, el rubí y la turquesa, que nadie podrá aventajar; que venga el extranjero, que

se presente á un concurso de elegancia, de lujo, de buen gusto, y veréis qué derrota. Y, entonces, aves socarronas y necias, os despreciaré con todas mis fuerzas y mi corvo pico se encargará de castigaros.

— ¿ Por qué habláis así de quien no conocéis? — trino una voz más dulce que la miel; era la del jilguero. — Sabed que el extranjero que nos honra es mi primo, hijo de reyes, nieto de reyes y hermano de reina. Nació en las islas Canarias; pero, apisionado en dorada jaula, vivió con la nostalgia de su patria en el alma y sólo cantó para distraer sus penas. Anoche se escapó de su artesonada prisión, donde una bella niña, con sus dedos de filigrana, ponía su comida y su bebida. Anoche, la hermosa quiso acariciarlo, lo sacó de su jaula, lo puso sobre su mano, y el canario, en un momento dado, alzó el vuelo hasta llegar á este bosque, donde se casará con mi hermana y su prima; estos cantos que oís son las notas de amor que lanza para ella.

— Estúpido.

— Ramplón.

Dijeron los contrincantes.

— ¡ Buenos días! — una voz preciosa saludó. — ¿ Qué hacéis aquí tan agitados, compañeros?

— Otro de la pandilla — graznó el papagayo.

— ¿ Dejaste de abrir la boca allá donde el extranjero chilla? — gritó la lechuza.

— Oid, buenas aves, sois groseras y mal educadas; vuestra discusión ha llegado á oídos de nuestro huésped; resentido en su amor propio y queriendo mostrar á su amada que es digno de ella, me envía á deciros, á ti, papagayo, y á tí, lechuza, que acepta vuestro desafío; y á las demás amigas, á quienes agradece la defensa, que las invita para ese duelo.

— Aceptado, aceptado, — gritaron gozosas las aves.

La lechuza, con ojos fatídicos y cara cínica, rió mucho y luego contestó:

— Di á *ese* que estoy á sus órdenes. Mañana, como todos los días, vendrá al centro de este bosque un hombre en cuya cara se refleja una lucha tenaz, y á quien he principiado á influenciar con mi irresistible canto; á esa hora, que es cuando la noche principia á iniciarse, que vaya con todo su cortejo de estúpidas admiradoras, y entonces veremos cuál de los dos puede más: si él, con sus notas agudas, que parecen un flautín de los que hacen los muchachos para jugar, ó yo, con mi canto grave, aterrador y majestuoso.

— Nombrad el jurado — gritó el mirlo.

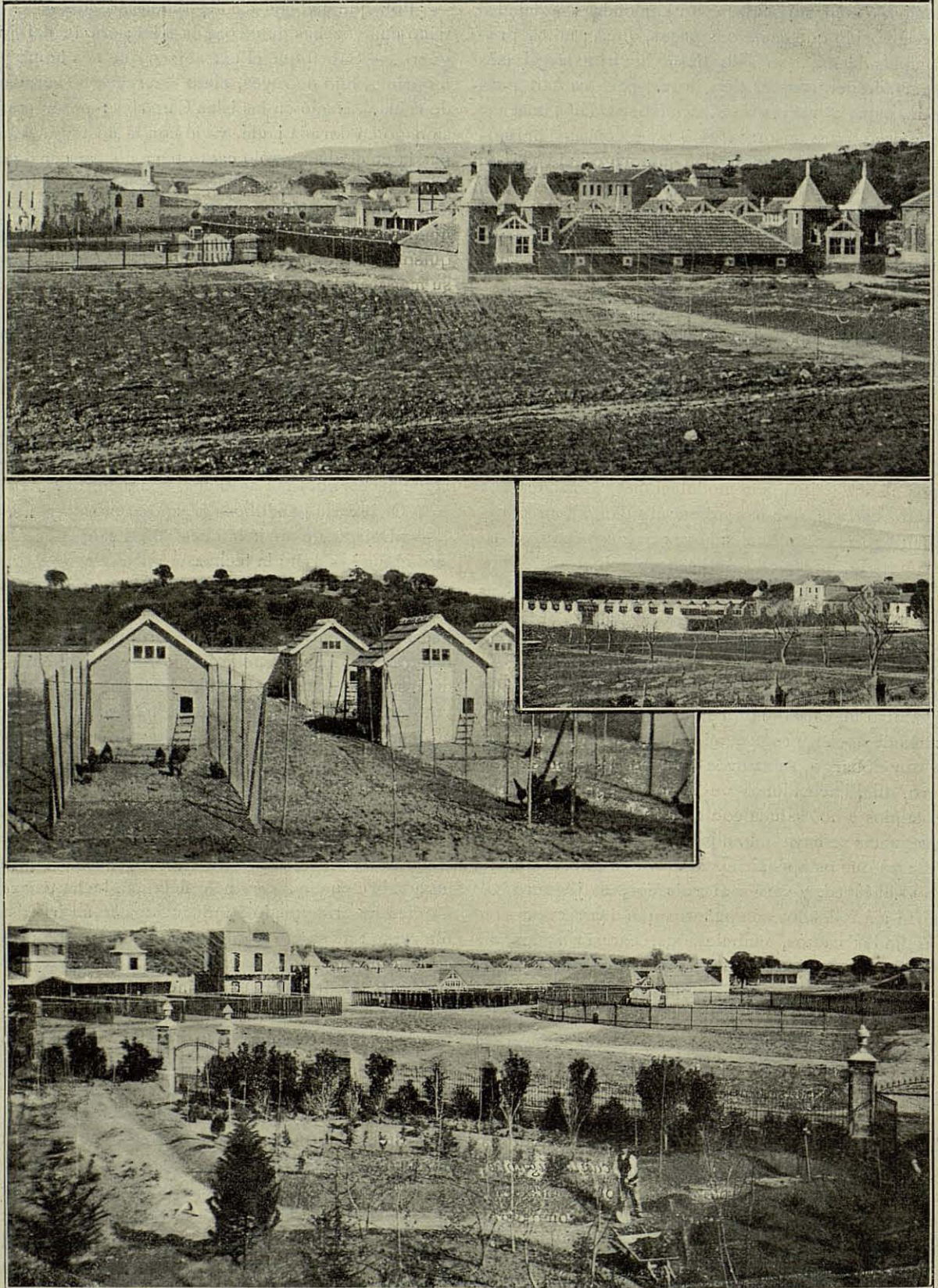
— Bien — dijo ufana la lechuza; — por mi parte nombro al papagayo...

— No, no — gritaron todas las aves; — es parte interesada.

— ¡ Sois insoportables! Bien; para que veáis que yo, la reina de la noche, no os tengo miedo, enviaré mensaje á las más soberbias y más hermosas de otras regiones. He ahí la lista: el águila, el cóndor, el pájaro lira, el albatro de los hielos. ¿ Estáis conformes?



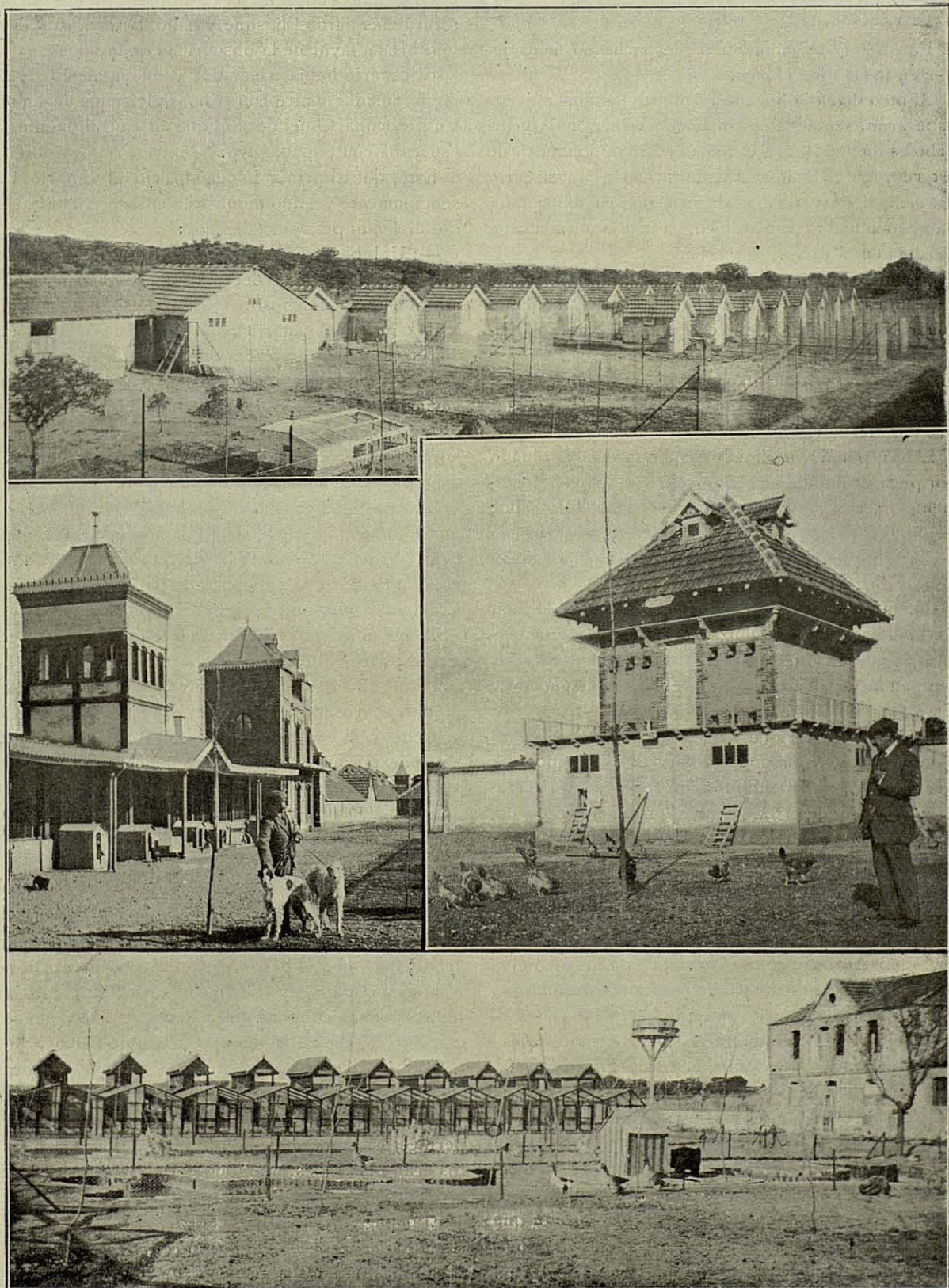
## LA «VILLA DIANA» EN EL CHAPARRAL (BURGOS)



Vista general del Caserío. — Detalles de las faisaneras y gallineros. — Vista general del *Chenil*



LA «VILLA DIANA» EN EL CHAPARRAL (BURGOS)



Los gallineros. — El Conde de Encinas en el palomar, con sus lebreles rusos. — Vista general de las faisanas





— Sí — trino el mirlo, — pero esperad, que faltan los padrinos de mi representado. Ahí los tenéis: el ruiseñor, el sinsonte, el colibrí y el ave del paraíso.

— Aceptado — chillaron el papagayo y la lechuza.

— El jurado servirá para ambos duelos.

— Aceptado.

En este mismo momento se despacharon mensajes en todas direcciones.

Al otro día, á la hora señalada, todos los pájaros esperaron, sentados cómodamente en el ramaje de los árboles que rodeaban el banco rústico, donde, tarde á tarde, iba un hombre á sentarse con la cabeza entre las manos, y así pasaba largas horas, ya sollozando, ya gesticulando como un loco, ya con la mirada vaga perdida en el vacío.

Esperaban; los espectadores y el jurado graves y anhelantes, la lechuza moviendo la cabeza, haciendo sonar el corvo pico y, de vez en cuando, mirando insolentemente á todas esas aves charlatanas que se habían atrevido á insultarla; el canario, fino, dulce, delicado, sentado, como una promesa del cielo, sobre una tierna rama del árbol más cercano al banco.

Llegó, por fin, un hombre, que parecía agobiado por pena profunda, se sentó sobre el banco, lentamente sacó un revólver y una cartera del bolsillo; examinó el primero, lo puso á su lado; de la segunda arrancó algunas hojas y tristemente tomó la posición de escribir.

Cuando principió á trazar las primeras palabras, sintió el canto de la lechuza, largo, fatídico y cavernoso, que le hizo temblar; se le vió entonces escribir con una nerviosidad creciente, el rostro demudado y temblando de pies á cabeza.

El mal agüero seguía lanzando al viento su graznido lúgubre, y el pobre hombre, dominado por completo por aquel chillido que, como la hoja acera da y fría de la muerte, entraba por todos sus poros, tomó el arma con mano nerviosa, levantó el gatillo y fué á apoyarla sobre su frente, cuando un trino melodioso, divino, dulcísimo, arrobador, se dejó sentir sobre su cabeza; todo su ser se conmovió y su alma, que rugía como la onda negra del abismo, se serenó como por encanto, soltó el arma, y con los ojos fijos en el ramaje, de donde partían aquellas armoniosas notas, permaneció largo rato; la imagen de su madre anciana, desgarrada por su muerte, la de su esposa abrazada á su cadáver, la de sus hijitos huérfanos, llorando por pan, surgieron de repente con tal fuerza y verdad, que se echó á sollozar, ¡y esas aves fueron la salvación del suicida!

Levantó nuevamente la cabeza y, con el rostro bañado todavía por el llanto, exclamó:

— ¡Ave bendita! eres la mensajera del Cielo; que el Dios que te crió te proteja y te pague mi redención. ¡Ave hermosa! ¡bendita mil veces seas! Y en el campo, en el aire y en el agua, en todas partes, no haya para ti más que luz y amor. ¡Ave divina! las balas del cazador jamás lleguen á ti y las insidias de los malos se quiebren contra tu linda y delicada cabecita.

— ¡Así sea! — gritaron los del jurado, mientras todas las aves rompieron en un concierto nunca oído.

La lechuza, corrida, despechada, y echando chispas por sus fosforescentes ojos, fué á esconder su derrota á las ruinas de un castillo, de donde ya no saldrá más para el bosque y sólo lanzará sus ecos lúgubres á favor de la obscuridad de la noche.

El canario había triunfado, y acompañado de su novia, hendía el aire con trinos dulcísimos de amor, sin preocuparse del desafío que al día siguiente le esperaba con el papagayo.

Este, que al principio cuando vió al canario tan sencillamente vestido de un solo color, se había reído, diciendo para sus adentros:

— ¡Uf! bastará que yo abra mis alas para deslumbrar al jurado y derrotar á ese mamarracho, ahora estaba cuidadoso.

El triunfo del canario había sido demasiado espléndido para que no le pusiera en guardia.

Esa noche se pasó recorriendo las casas de sus vecinas de más espléndido plumaje: el pavo real, el loro, la urraca, el pechirrojo, todas las aves más hermosas fueron vistas, y cada una le prestó una joya de sus alas, de su cabeza, de su cola.

Al otro día el canario, que había dormido tranquilo, llegó al lugar del duelo sin ningún atavío, pero feliz, porque al recobrar la libertad había salvado la vida de un hombre y encontrado parientes y amigos. Era, realmente, un prodigio de hermosura.

Tomó su asiento en la rama que le había sido dedicada; desde allí, su presencia fina y gallarda, su coqueta cabecita, sus ojitos vivos y expresivos, su piquito sonrosado y delicado, todo, todo le hacía aparecer bello entre los bellos. Aquella asamblea estaba extasiada en tan encantador huésped.

El papagayo se hizo esperar, y cuando entró todos los pájaros soltaron una estrepitosa carcajada.

La cabeza, las alas, la cola, habían sido recargadas de plumas de diferentes clases y colores; parecía un carro cargado de mercancías.

El pesado pájaro, en su afán de hacerse ver, fué á ocupar una rama débil, pero saliente, del más alto árbol; mas, con el peso de su cuerpo, la rama se rompió y el papagayo se vino al suelo, saltando las plumas ajenas en todas direcciones, y aumentando, con esto, la algarabía de aquella reunión alada.

Todo maltrecho se levantó y fué á posarse en otra rama más á propósito para su cuerpo, extendió las alas para lucir las esmeraldas, rubíes, topacios, etc., pero éstos estaban tan empolvados y sus movimientos eran tan torpes, que todo el jurado dió su fallo á favor del gentil canario.

El papagayo, confuso y cabizbajo, fué á esconderse en lo más espeso de un gran cedro, mientras las aves todas batían sus alas en favor del canario.

Ahí acaba mi cuento, amiguitos míos, encargándoos que jamás la envidia ni la vanidad os ponga en ridículo, como á la lechuza y al papagayo.

FRANCISCA RÍOS DE PÁEZ





## CAPÍTULO XIII

## Montserrat

En el corazón de Cataluña, entre peñascos que diz aserraron un día celestes falanges de angélicos serafines para construir con ellas un palacio á la Reina de Cielos y tierra, elévase majestuoso Santuario donde mora la venerada Imagen de la Virgen Santísima, patrona del Principado, bajo el nombre de Nuestra Señora de Montserrat.

Propios y extraños admiran en aquel delicioso paraje la piadosa imagen de morena tez y bondadosa mirada, á la que los catalanes recurren en días de pena y alegría, en su incomparable mansión, y los encantos de que la naturaleza toda la rodeó allá en aquella pintoresca montaña surgida como por encanto del seno del valle.

Desde que el Conde Wifredo, el del legendario vellón, adoró la imagen descubierta por los pastores en la Santa Cueva de Montserrat, todos los soberanos que le sucedieron en la corona de los Condes de Barcelona y los que tras ellos ciñeron la corona de Aragón al propio tiempo que empuñaban los cetros de Castilla, León y Navarra, postráronse unos tras otros ante la milagrosa imagen; y natural era hiciera lo propio el joven rey D. Alfonso XIII que al visitar por primera vez Cataluña después de sentarse en el trono de sus mayores, quiso á su vez venerarla como lo hicieron sus antepasados.

Y así fué cómo el 10 de abril de 1902, organizóse la regia expedición de la que, en calidad de agregado accidental al servicio de Su Majestad, yo debía formar parte.

La Historia de España y en especial la del Principado Catalán nos revela que entre aquellos encrespados riscos, plegaron sus alas las águilas napoleónicas ante el mortífero fuego de los *somatenes* catalanes congregados en los despeñaderos del Bruch para atajar el paso á las huestes invasoras. Nadie ignora la ruda pelea, que, cobijado bajo el manto de su Patrona, sostuvo aquel puñado de valientes tan mal armados como bien aguerridos, hasta obligar al enemigo que plegara banderas y volviera sobre sus pasos en busca de los refuerzos necesarios para proseguir su devastadora marcha.

Cien años han transcurrido desde la heroica defensa de los *somatenes* catalanes, y el brillo de su victoria ciega aún la vista de los vivientes. La del Bruch, como las de Bailén, Zaragoza, Gerona y tantas otras hasta llegar á la de los Arapiles, donde se arrojó para siempre de nuestro suelo al intruso que trató en vano de fijar sus reales en tierra española, sientan los más vistosos jalones en la historia de aquella epopeya que por segunda vez hizo de los españoles un pueblo libre é independiente.

La Virgen de Montserrat es la Patrona de los Somatenes y el Rey su Generalísimo.

A pesar de los ideales que en aquel año comenzaban á agitarse en Cataluña, la benemérita institución en la que forman, al tañir de la campana, ricos y pobres, jóvenes y viejos, quiso rendir justo homenaje á ambas dignidades, la que con su divino manto la bendice y la que la guía y protege al ceñirse la corona.

Diez y ocho mil hombres, de su propia y exclusiva voluntad salieron de todos los parajes de Cataluña y en su mayor parte á pie en piadosa peregrinación, reuniéronse aquel día en el Santuario para adorar á la Virgen y ser revistados por el Rey de España.

He aquí el interesante punto que me inspira este capítulo y evoca tan grato recuerdo en mi memoria.

Salimos de Barcelona muy de mañana en dos trenes, uno reservado exclusivamente á S. M. y á los personajes y Corporaciones que le acompañaban y otro en el que hallé cabida yo, y que habiendo salido una hora antes, fué alcanzado por el tren real al pie de la montaña en el apeadero ó estación de Monistrol, sobre la línea del cremallera.

El Rey iba en la plataforma delantera radiante de júbilo ante el hermoso espectáculo que á su vista se ofrecía. Al detenerse en la estación, divisóme entre un grupo de excursionistas y al parar el tren hízome seña de que me acercara.

— Señor Castelló — díjome con acento franco y resuelto — «estoy muy satisfecho de sus palomas. Ayer se portaron admirablemente, pues llegaron todos los despachos, y por la tarde ya mi madre los había contestado. Crea V. que le felicito muy sinceramente».

— Señor — contesté confundido ante tan cariñosa acogida — el servicio sólo empieza y quedan aún muchos días para que V. M. pueda apreciarlo; dignaos, pues, reservar vuestro juicio para aquel día, pues sería lamentable que las felicitaciones de hoy tuviesen que trocarse en censuras más adelante.

Luego D. Alfonso XIII me preguntó si habría servicio en Montserrat, á lo que contesté afirmativamente, si bien de él no estaría encargado yo sino el propio presidente de la Colombófila D. Diego de la Llave y los delegados palomeros de la misma don Rafael de Sorrain y D. Pedro Lobo, que al llegar al Santuario debían ponerse desde luego á su servicio.

El tren real partió y tras él el nuestro, llegando al término del viaje pocos momentos después.

¡Qué hermoso estaba el día!...

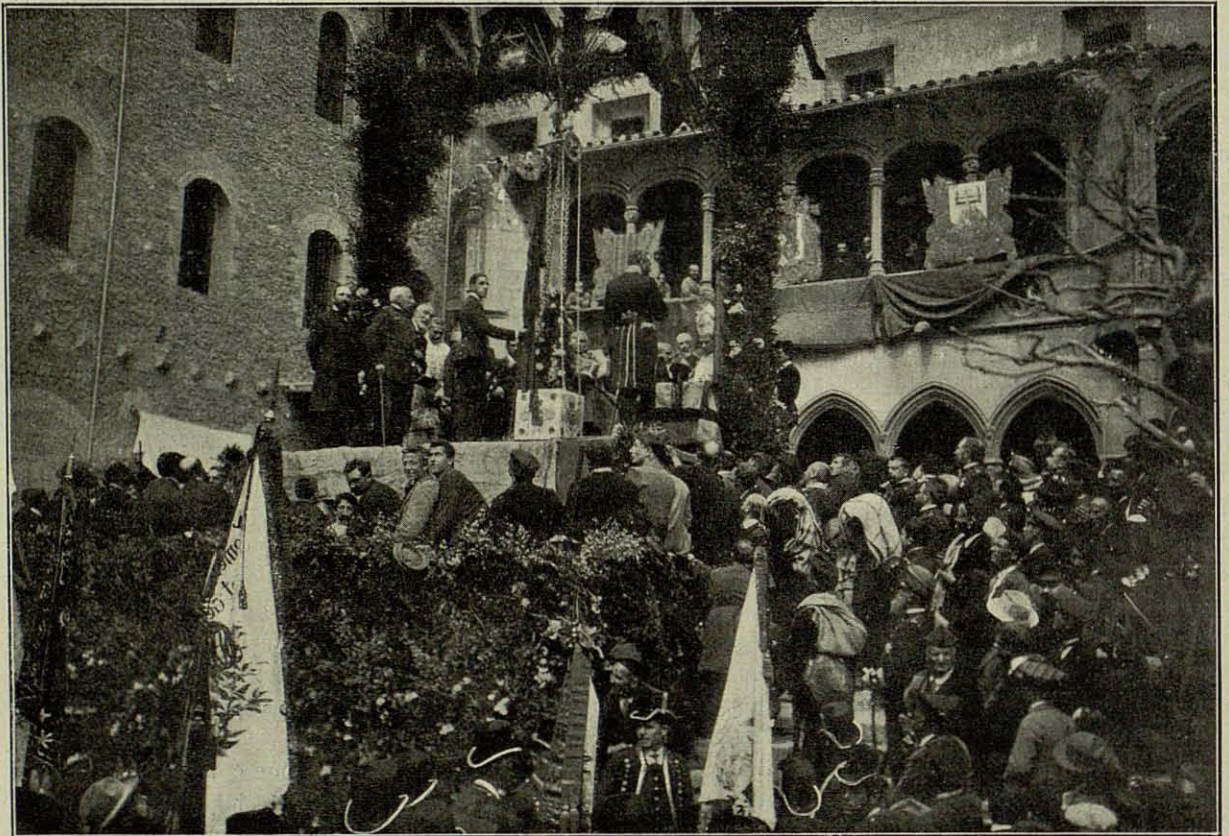
Desde la meseta donde se eleva la ermita de Los Apóstoles, dominábase la extensa planuria del Vallés en la que el Llobregat serpenteaba hasta perderse de vista. Cerraban el horizonte las sierras del



Tibidabo y de Garraf, por entre las cuales asomaba el mar enviándonos los destellos de sus plateadas aguas.

Denso hormiguo de gentes de todas las clases sociales armados de carabinas y escopetas de todos los sistemas, cruzaba de una parte á otra, unos procurándose el medio de ver al Rey de cerca, otros

Ocho prelados asistían al oficio, y uno de ellos dirigió la palabra al soberano y al pueblo cantando las glorias de Nuestra Señora de Montserrat y sus relaciones con los monarcas españoles. Todos nos sentíamos conmovidos, pero el Rey nos tenía aún reservada una sorpresa que debía hacer estallar el en-



Salió el Rey del Templo y puso la primera piedra al Monumento que se erige á los héroes del Bruch

pugnando por entrar en el Templo, cuya entrada se había hecho ya casi inaccesible, otros buscando víveres ó alojamiento. Era un ir y venir indescriptible y un bullicio sin igual. Reducido el recinto donde se halla el Monasterio, algunos miles de almas acampaban en sus cercanías, vivaqueando en espera de la revista, en tanto otros, rendidos de cansancio, reposaban recostados sobre las peñas. Las músicas dejaron oír los acordes de la marcha Real cien veces repetida por los ecos; alegre repique de campanas lanzadas al vuelo por juveniles manos señaló la entrada del Rey en el Santuario y á él me dirigí ansioso de verle postrado ante aquella Imagen por mí siempre tan venerada.

Allí le vi orando con piadoso recogimiento; allí le vi dejar á los pies de la Virgen el bastón de mando, cuyo puño, cuajado de pedrería, brillara hasta entonces en sus manos. Era la ofrenda de un rey de la tierra á la Reina de los Cielos; á ella confiaba el mando y á su amparo se colocaba.

tusiasmo de aquellas gentes, que recluídas en sus valles ó en sus montañas jamás soñaron en presenciar tamaños esplendores.

Salió Don Alfonso XIII del Templo y puso la primera piedra al monumento que se erige á los héroes del Bruch y al que las Hijas de María catalanas elevan á la Virgen Inmaculada.

Grandes aclamaciones ensordecían el espacio, cuando don Antonio Maura, presidente del Consejo de Ministros extendió la mano para que se hiciera el silencio.

— Maura va á leer algo — nos dijimos al verle agitar un papel en la mano.

El silencio se hizo, y se oyó la voz potente del gran tribuno, leyendo el real decreto en que S. M. el Rey don Alfonso XIII instituía, en conmemoración de aquel acto, una medalla que otorgaba á todos los individuos de los somatenes catalanes, y á cuantos de una manera activa ó directa habían tenido alguna participación en el mismo.



Pocos momentos después, el Rey ostentaba en su pecho la nueva medalla que, pendiente de una cinta española, lleva en sus caras la imagen de la Virgen catalana, destacándose sobre las aserradas montañas, y el busto del joven monarca.

Una hora después, más de 200 personas lucían en el pecho la nueva insignia que el Rey dispuso se regalara á los más significados, y de su propia mano la colocó en el pecho de un pobre labriego octogenario. Luego los jefes de los somatenes las fueron distribuyendo entre sus subordinados, y hoy la *Medalla de Montserrat* es una de las condecoraciones más apreciadas de D. Alfonso XIII, á quien oí decir algún tiempo después, que desde el día de su visita á Montserrat, rara vez había dejado de usarla.

La noticia del Real decreto cundió de boca en boca, los vítores y aclamaciones al monarca se repitieron, y éste, confundido entre aquellas masas que le vitoreaban, retiróse al Monasterio para ser huésped de los monjes durante el tiempo que necesitaba para reparar sus fuerzas...

Después del almuerzo con que le obsequió la Diputación Provincial de Barcelona, D. Alfonso XIII, que ya había ordenado se expedieran algunos despachos por palomas, dirigióse al montículo donde la Real Sociedad Colombófila de Cataluña había dispuesto lo necesario para el servicio.

El Rey, seguido de brillante acompañamiento, llegó hasta nuestra tienda de campaña y allí le recibimos y cumplimentamos.

De su puño y letra don Alfonso XIII dignóse escribir un despacho á su augusta madre, saludándola desde las alturas de Montserrat.

Luego de conversar afablemente con los colombófilos allí reunidos y de felicitar á la Sociedad por el éxito que iba alcanzando el servicio, comenzó la revista de los somatenes, cuyos individuos aclamaron á su jefe nato, el joven soberano.

Después quiso el Rey visitar la cueva donde milagrosamente se halló la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, y el monumental Rosario que en el camino de la misma han erigido los fieles y asociaciones católicas de Cataluña, y cuando regresaba, en tanto esperaba la hora del regreso, conversó familiarmente con cuantos, pobres y ricos, se le acercaron.

Un anciano que, sentado sobre una roca reposaba de las fatigas de aquella jornada, vió sentarse junto á él á un joven oficial que, con la mayor sencillez, le pidió fuego para encender el cigarro.

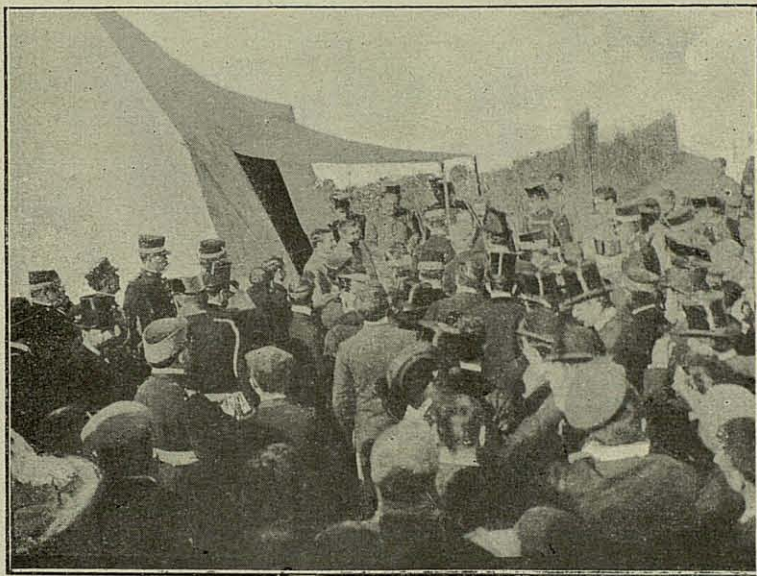
Los palaciegos y altos personajes que acompañaban al Rey, veían conmovidos aquel interesante gru-

po formado por el Jefe del Estado y el modesto campesino, cuyas manos asían enmohecido fusil, y cuya cabeza cubría morada barretina.

El anciano, mirando con vivo interés á su vecino, dijo en catalán á uno de los que curiosamente le miraban:

— *Quin oficiallet més jove...*

Uno de los testigos del cuadro, replicóle al oído:



De su puño y letra Don Alfonso XIII dignóse escribir un despacho á su augusta madre...

— Calla, es el Rey...

Los ojos del anciano se preñaron de lágrimas; púsose en pie, y llevándose la mano á la barretina, trató de descubrirse, en tanto D. Alfonso le tendía la mano y estrechaba la del anciano cariñosamente.

Luego los curiosos interrogaron al viejo y le decían:

— ¿Cómo no lo conociste?...

¿Cómo había de conocerle el pobre viejo, venido á pie desde lejanas comarcas, cuando la aglomeración de gentes le había obligado á buscar un solitario refugio y un lugar retirado donde descansar de sus fatigas, y aun no le había visto?... ¿Cómo había de conocerle, si, según él decía, no llevaba *ni manto ni corona*?...

Escenas como la que acabo de relatar, las presenciábamos á cada paso. El Rey con semblante alegre y bondadoso conversó aquel día con cuantos á él se acercaron. Hubiérase dicho que, compenetrado del espíritu del *Somaten*, dejaba de sentirse Soberano y se consideraba como el más modesto de sus afiliados.

Sonaron una vez más las salvas de los morteretes, echáronse al vuelo las campanas, los acordes de la Marcha Real vibraron de nuevo en los ecos de las montañas y el Rey, seguido de su brillante comitiva, entre los vítores de diez y ocho mil catalanes que le aclamaban sin cesar, abandonó aquel sagrado recinto, regresando sin el menor incidente á Barcelona.



## CAPÍTULO XIV

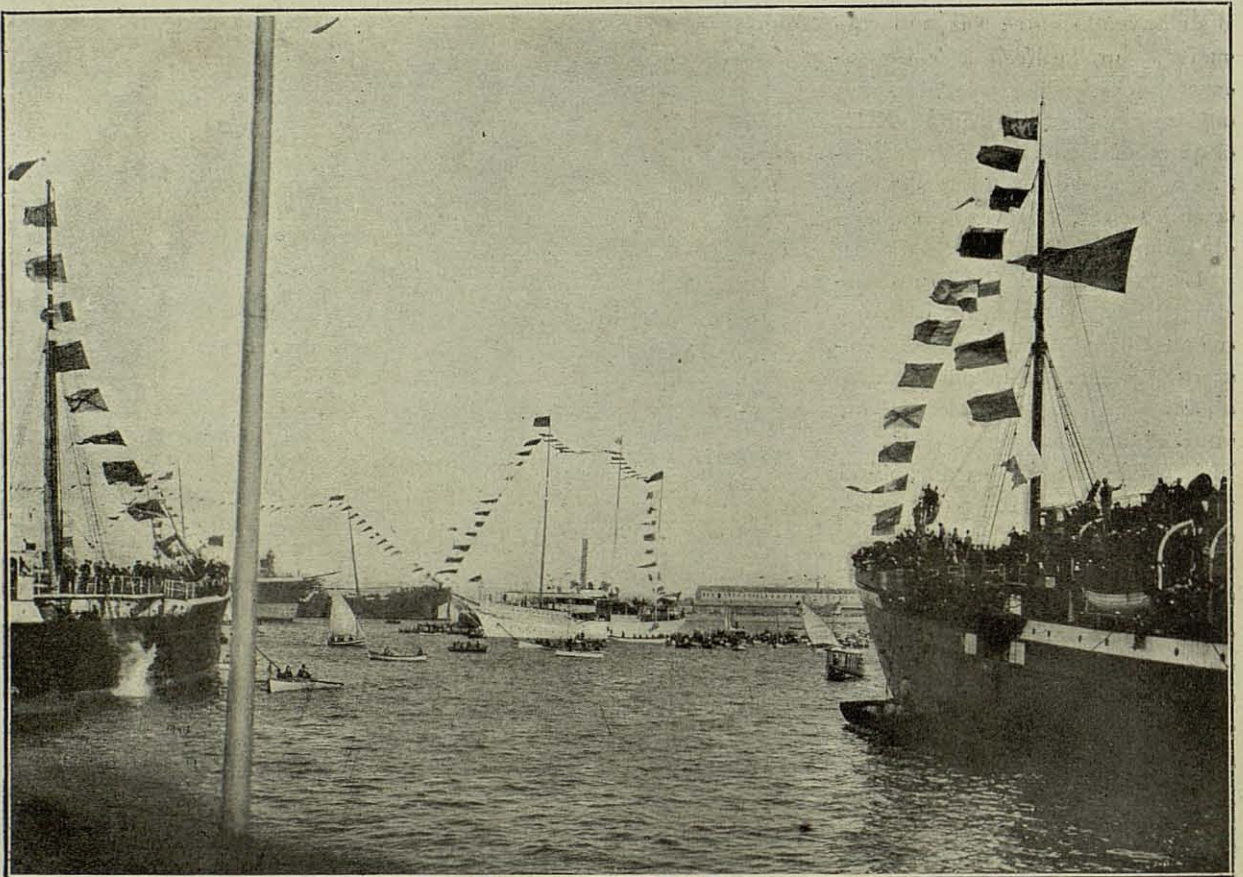
## Mar y tierra

El *Giralda* continuaba anclado en el puerto de Barcelona á disposición de S. M.

Faltaban aun dos etapas para completar el proyectado viaje de Don Alfonso XIII. Una de ellas la

lleva consigo, nunca me pareció como el popular Camprodón, muy feliz el *que tiene su casa á flote*.

¡Quién lo dijera al verme poco tiempo después luchando con las embravecidas olas del Atlántico



El «Giralda» continuaba anclado en el puerto de Barcelona á disposición de S. M.

constituía el viaje por mar á Tarragona y el regreso á Barcelona por tierra, después de visitar Reus, Lérida y Manresa. La última la representaba el viaje á las Islas Baleares cuyas bellezas naturales debía visitar S. M.

Al rayar el alba del día 13 de abril embarqué de nuevo en el *Río de la Plata* llevando buen contingente de palomas.

Poco después la marinería tributaba á la Insignia Real los honores de ordenanza, y el yate real, deslizándose suavemente sobre las tranquilas aguas del puerto, pasaba por el costado de nuestro crucero en demanda de la boca del puerto.

El *Río de la Plata* levó anclas y salimos, á nuestra vez, con mar llena y un tiempo espléndido.

El espectáculo de la mar no me era aun muy grato y aun sin temer á los riesgos que el líquido elemento

rumbo á América, sin ni aun recordar los temores que el mar siempre me inspiró!...

Apenas doblamos las Costas de Garraf dispúsemme á cuidar de mis gentiles mensajeras y después de darles agua y grano en abundancia, esperé órdenes que no tardaron en comunicárseme.

— El Oficial de guardia llama á V. — díjome un marinero cuadrándose ante mí.

Personado en el puente, tomo nota de un primer despacho, al que siguieron otro y otro sin cesar, y mis palomas, rápidas como el viento, comenzaron á llevarlos á Barcelona para ser transmitidos á la capital.

Al pasar por las playas de Villanueva, saludaron al Rey numerosas embarcaciones, y de ello dimos cuenta á la prensa por vía aérea, haciendo uso de la licencia que para ello se me había otorgado.

(Continuará)